

Rorty, Richard, *Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos. Ensayos filosóficos 2*, Barcelona, Paidós Básica, 1993. Traducción: Jorge Vigil Rubio.

Este libro reúne diversos artículos escritos entre 1984 y 1989 y se divide en tres partes. En la primera parte encontramos la lectura que Rorty realiza de Heidegger, comparándolo críticamente con el pragmatismo norteamericano. Comienza planteando una división entre tres concepciones paralelas de la filosofía: una "cientificista", una "poética" y una "política" que presuponen relaciones de oposición entre sí. Es importante remarcar que no sólo realiza una descripción teórica de tales concepciones, sino también institucional, en tanto las ubica en los contextos en que ellas tienen eficacia. Como punto central en la crítica a Heidegger, se detiene en la reconstrucción que éste realiza de la historia de la filosofía. Heidegger considera a tal historia como un largo ocultamiento del Ser, cuyo punto final es el pragmatismo, configurando una situación escandalosa; ahora bien, para Rorty tal punto final no tiene el sentido que le confiere la lectura heideggeriana, sino que representa un estado de cosas óptimo para lograr determinados objetivos, que es lo que trata de demostrar "débilmente" a lo largo de todo el libro. Para justificar su lectura, Rorty se sitúa en Bacon, quien afirmaba que la función de la investigación es "aliviar y beneficiar la situación de los hombres". Tal principio, que también inspiró la obra de Dewey, es su hilo conductor a lo largo de toda la primera parte. Si bien Dewey y Heidegger compartieron ciertas descripciones de la realidad tecnológica y cultural de la época contemporánea, el primero deseaba algo que era el fruto de la Revolución Francesa: el desarrollo de ciertas prácticas sociales que favorecieran la realización de una mejor vida comunitaria para mayor cantidad de ciudadanos. Pero Rorty no deja de prestar especial

atención a lo que considera aportes esenciales de Heidegger: su reconstrucción de la historia de la filosofía y su insistencia en dejar que las cosas se nos manifiesten, permitiendo que su fuerza se instale en nosotros. Considera que se puede apropiarse de tales descripciones rechazando la nostalgia típica del último Heidegger. Esta nostalgia se debería a la centralización de su mirada sobre la filosofía, descuidando otras dimensiones de la cultura, confundiendo la historia de la filosofía con la historia de Occidente. A su vez, cuando se dedica a compararlo con Wittgenstein sobre el tema de la reificación del lenguaje, sostiene que éstos se cruzaron mutuamente en la mitad de sus carreras profesionales avanzando en direcciones opuestas. Wittgenstein avanza desde el *Tractatus* hacia el pragmatismo, encontrándose con Heidegger que se retiraba del pragmatismo de *Ser y tiempo* hacia el "pensar", recuperando una sublimidad que el joven Wittgenstein había encontrado en la lógica. La reificación del lenguaje por parte de Heidegger se da en que lo menta como una cuasi-divinidad que sustituye al "Ser" de *Ser y tiempo*. Rorty prefiere al último Wittgenstein: mientras ambos partieron de un idéntico rechazo del "parloteo" de sus propias tribus filosóficas, llegaron a concepciones distintas de la diferencia entre el parloteo y el habla auténtica. Para Wittgenstein es una diferencia de grado. Para Heidegger es una diferencia que muestra las distintas ubicaciones en la Historia del Ser.

En la segunda parte se ocupa de la obra de Jacques Derrida. Comienza reseñando la recepción de la deconstrucción en los Estados Unidos, que da lugar a dos sentidos del término: uno que se refiere a la obra del filósofo francés, para quien la ruptura de la distinción entre literatura y filosofía es esencial, dando lugar a una "textualidad general indiferenciada"; y otro, que menta un método de interpretación de textos, donde la diferencia tiene que seguir subsistiendo. El patrón de interpretación de Rorty está constituido por los siguientes ítems: que la única oposición entre literatura y filosofía que se necesita es la que se da entre lo conocido y lo desconocido; que el hecho de que el lenguaje constituye un juego de diferencias no nos justifica pensar que términos como *différance* y *trace* hagan en la filosofía lo que Heidegger no pudo con sus propios términos *Sein*, *Ereignis*, etc.; entender que cuando Derrida afirma que la filosofía tiene un "punto ciego" con respecto a su propia "metafórica", tiene razón en el sentido hegeliano de que cada generación filosófica destaca algunos presupuestos inconscientes del vocabulario de sus antecesores, ampliando la metafórica relevante; que la tesis de que la tradición ontoteológica ha dominado ciencia, arte y política constituye un intento engañoso por aumentar la importancia de una especialidad académica: la relectura de textos filosóficos; y por último, que el problema de cómo "superar" tal tradición es artificial y tiene que sustituirse por numerosas pequeñas preguntas pragmáti-



cas acerca de qué fragmentos de esa tradición pueden utilizarse para alguna finalidad actual. Es importante destacar que Rorty es consciente de que, en última instancia, cuando discute con Derrida, Paul de Man o Foucault, está discutiendo sobre si la política liberal burguesa es preferible a otro tipo de proyectos políticos, y si tal política puede contener a lo que denomina "intelectual romántico": aquel que pretende salvaguardar su intimidad frente al dominio público.

En la tercera parte se dedica a diversos autores: Freud, Lyotard, Habermas, Castoriadis, Unger, Foucault. Su unidad temática son los problemas prácticos de la filosofía: la política y la ética. Es interesante la idea de que Freud nos ayudó a concebir la reflexión moral como un problema concerniente a una autocreación y no a un autoconocimiento, en tanto produce un descentramiento del sujeto porque permite la coexistencia de diversos sistemas de creencias y deseos (cada uno de ellos consistente) que la tarea del análisis podría ayudar a devenir compatibles entre sí.

Es importante destacar el profundo conocimiento por parte de Rorty de las tradiciones filosóficas criticadas, especialmente de la obra de Nietzsche y Heidegger, así como es saludable encontrar un filósofo de una determinada tradición que sale afuera de ella, a pesar de que en algunos momentos parecería que intenta reducir lo extraño a lo familiar. (H. Banega)